



MARIO ESCOBAR

SERIE APOCALIPSIS / IIII

El gobernador



Lectulandia

Una de las becarias que acompañan al nuevo candidato conservador a la presidencia hace una llamada desesperada a Priscila Serrano, agente del FBI. La joven ha notado un misterioso comportamiento en el candidato, y cree que el político está involucrado en la muerte de un periodista que cubría la campaña electoral.

Priscila Serrano ya no es la joven insegura que se iniciara como detective en el FBI; sin embargo, sigue sin encontrar la felicidad. Aunque algo deprimida y sola, intenta ayudar a la becaria, pero el caso resulta ser más complicado de lo que parece. La señorita Serrano viaja a Minneapolis para entrevistarse con la becaria, pero esta se niega a conversar con la agente y muestra un misterioso comportamiento. La detective descubre que detrás de esta joven se esconde un grupo extremista que pretende atacar contra el candidato. Aunque Ray Charles ha pedido la jubilación anticipada, decide ayudar a su compañera en este peligroso caso. Al investigar el pasado del candidato se encuentran con una desagradable sorpresa.

Lectulandia

Mario Escobar

El gobernador

Apocalipsis-4

ePub r1.0

fenikz 19.08.16

Mario Escobar, 2012

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo



LA caravana del candidato se detuvo en Richmond, camino de Indianápolis. Llevaban más de un mes recorriendo decenas de ciudades, y los ánimos de los voluntarios y periodistas comenzaban a decaer. Una campaña electoral podía convertirse en algo parecido a un purgatorio cuando las cosas no iban bien en el país. Estados Unidos estaba atravesando la tercera recesión en diez años, y la economía mundial no levantaba cabeza. El G8 se había reunido en varias ocasiones en los últimos meses, pero aún estaban lejos de coordinar sus esfuerzos para terminar de una vez por todas con la crisis.

Susan Peterson tenía veinticinco años, y era la primera campaña electoral en la que intervenía. Hasta ese momento no se había metido en política por dos buenas razones: no había encontrado el candidato adecuado y no confiaba en que un hombre pudiera cambiar las cosas, pero cuando conoció a George Swift todo cambió por completo. El gobernador de Michigan era un hombre honesto, un gran comunicador y su porte le convertía en el hombre más atractivo de la política estadounidense. Su rival, Marco Tardelli, era un burócrata que llevaba instalado en Washington desde hacía veinte años y que pensaba que ahora era su momento, pero no transmitía la más mínima ilusión de cambio a pesar de su buena oratoria y presencia. Era de origen italiano, pero nacido en Nueva York.

Susan bajó del autobús electoral y con el resto de sus compañeros se apresuró a tomar una habitación en un modesto motel a las afueras de la ciudad. El candidato también dormía en el mismo lugar, a pesar de la modestia de las instalaciones, y aquella era otra de las cosas que agradaba a Susan: la sencillez de Swift.

Cuando la joven se tumbó sobre la cama de su habitación, notó que un profundo sueño la invadía. Ni siquiera se molestó en quitarse la ropa; estaba sencillamente agotada. Dos horas más tarde, muerta de hambre y con un fuerte dolor de cabeza, Susan salió de su cuarto, se acercó a las máquinas que había en el pasillo y se compró un refresco. Estaba regresando a su cuarto cuando escuchó un ruido al fondo del

pasillo. Se aproximó con cierto recelo a la parte oscura, escuchó unos murmullos y notó cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba por momentos.

Entonces vio en el piso a un joven periodista. Le conocía muy bien; era uno de los más críticos con la campaña del candidato. Susan le observó unos segundos, parecía simplemente tumbado en el piso enmoquetado del motel, pero su mirada estaba completamente muerta. La joven se agachó y le tomó el pulso. Estaba muerto.

Capítulo 1



LA vida no había cambiado mucho en los últimos cinco años, aunque si se paraba a pensarlo detenidamente, las cosas eran muy distintas. Seguía viviendo sola, pero ya no en su querida Miami; por gentileza del Estado tenía un coqueto apartamento de dos habitaciones en Washington y un modesto Nissan rojo de segunda mano, que paseaba por las grandes avenidas de la capital federal. Seguía en el FBI, pero ahora trabajaba en el BAU, la Unidad de Análisis de Comportamiento, y tenía el cargo de directora de división, con más de veinte agentes a sus órdenes. Toda una responsabilidad que dejaba su vida personal en prácticamente unas vacaciones de dos semanas al año y la visita a su tía Clarisa el Día de Acción de Gracias. Priscila Serrano no se quejaba; ahora que su madre estaba muerta y su tía navegaba irrevocablemente hacia el mismo lugar, su vida privada consistía en correr todas las mañanas antes de ir al trabajo, pasarse media hora viendo televisión y asistir a una pequeña capilla pentecostal cerca de su apartamento.

Priscila terminó de vestirse, ahora se podía permitir hacerlo con grandes firmas de diseñadores; aquel era su único exceso, como si al menos su aspecto le devolviera algo de emoción a su vida.

Su trabajo era muy burocrático, casi pasaba más tiempo coordinando horarios y distribuyendo tareas que examinando casos y, sobre todo, extrañaba a su compañero Ray Charles, que llevaba seis meses jubilado.

Ray y ella mantenían algún contacto telefónico, pero no se veían desde el verano y ahora era otoño, la época preferida de Priscila en Washington.

La directora de división no tenía nada en contra de los padres de la nación, pero cada mañana se despertaba pensando en lo mismo: la ciudad; el Potomac no era el mejor lugar para poner la capital de un país. Demasiado fría en invierno y calurosa en verano; húmeda y mal organizada, los edificios eran tan colosales que una simple gestión te llevaba horas. No era una ciudad para disfrutar, la capital federal era una ciudad para sufrir.

Priscila tomó su auto y se dirigió a la oficina. Ya llevaba dos horas trabajando desde casa, por lo que podía permitirse llegar a las diez de la mañana, cuando el tráfico comenzaba a amainar y la ciudad se hacía algo más amable.

Estacionó su vehículo en el aparcamiento de la central del FBI, en la Avenida Pensilvania, en el distrito de Columbia, un modesto edificio de oficinas que ocupaba una manzana entera, aunque comparado con el mega edificio de la CIA, era poco más que una caja de zapatos.

Priscila subió en el elevador hasta la cuarta planta y recorrió la amplia oficina saludando a todo su equipo, hasta llegar a su despacho acristalado. Sus vistas de la ciudad no eran gran cosa, pero se sentía cómoda rodeada de aquello que le proporcionaba más seguridad: la rutina.

Su asistente, Peter Porter, se asomó por el quicio de la puerta y su agradable sonrisa le alegró el día.

—Jefa, buenos días, creo que hoy será un día tranquilo.

—Cada vez que comentas algo parecido, entramos en crisis —bromeó Priscila.

—En serio, apenas ha habido un par de asesinatos especialmente violentos en el país, está claro que el verano se lleva la palma a la hora de crímenes salvajes y asesinatos en serie —comentó Peter.

—Tienes razón, pero estamos en medio de una campaña electoral y eso atrae más a los psicópatas que la miel a un oso —dijo Priscila.

—Los dos candidatos están protegidos y, por ahora, no ha habido incidentes a destacar. Lo único es la desgraciada muerte de ese joven periodista del Washington Post, August Albee —comentó Peter.

—Pero la prensa le está dando mucho bombo, al ser uno de los suyos —dijo Priscila.

—¿No es mala suerte morir de sobredosis mientras estás haciendo el trabajo más importante de tu vida? —preguntó Peter.

—No, no es mala suerte. Son las consecuencias de consumir drogas, mala suerte es caerse por unas escaleras y romperte la columna.

Peter miró a su jefa. Era una de las mujeres más guapas del departamento, su cabello moreno recogido en un moño le hacía más mayor, pero resaltaba sus grandes ojos verdes, sus pómulos prominentes y sus bellos rasgos, aunque a veces podía ser recalcitrantemente conservadora.

—Nunca he conocido a nadie de Florida tan rígido —dijo Peter.

—Lo cierto es que a la única persona que conoces de Florida es a mí, pero confundes rigidez con principios, aunque ya estoy acostumbrada, es uno de los males de este siglo —bromeó Priscila.

—Te he enviado un correo; al parecer, esta mañana a primera hora te llamó una chica desde Indiana, parecía algo alterada pero no quería hablar con ningún agente, únicamente contigo —dijo Peter.

—¿Se puede saber por qué en esta división nadie hace bien su trabajo? —

preguntó Priscila en voz alta.

—Lo intentamos, pero quería hablar contigo —dijo Peter.

—Está bien, la llamaré luego —dijo Priscila.

Cuando se quedó sola hizo dos cosas antes de ponerse a trabajar. Pensó en su madre en Santo Domingo, en las últimas horas que habían estado juntas antes de verla partir, después abrió una página web en su computadora, con la que meditaba unos instantes después de leer un texto bíblico.

Cuando abrió su correo electrónico observó con estupor que tenía doscientos mensajes de una tal Susan Peterson, una de las ayudantes de campaña del candidato George Swift. Priscila sabía mucho de psicología, y aquello únicamente podía significar una cosa. Susan estaba fuera de control y eso, en una campaña electoral, era una verdadera bomba de relojería.

Capítulo 2



LA voz temblorosa de la chica denotaba su nerviosismo; las cosas que decía parecían poco coherentes, como si no pudiera pensar con claridad. Priscila intentó tranquilizarla, pero Susan lo único que quería es que fuera de inmediato para Indianápolis.

—No puedo dejar la oficina. Tengo más de veinte personas a mi cargo, diez casos abiertos de locos psicópatas, y tanto papeleo que no debería levantarme en una semana de esta silla para terminarlo.

—Algo extraño está sucediendo con el candidato, tiene que hacerme caso —comentó Susan al borde del llanto.

—Ese es el problema, señorita. No hay caso. Un suicidio o una sobredosis son simples accidentes, pero no un crimen —dijo Priscila.

—August Albee había dado con algo gordo, por eso le mataron. Estoy a punto de averiguar qué es, pero necesito su ayuda —dijo Susan bajando el tono de voz.

El problema de Priscila era que tenía una conciencia tan grande que no entraba en el horroroso edificio del FBI.

—Está bien, tomaré un avión y estaré contigo durante unas horas, después regresaré. No puedo quedarme a dormir, pero iré de manera extraoficial.

—Gracias señora Serrano, no se arrepentirá.

Tras colgar el teléfono, Priscila repasó brevemente los datos del candidato George Swift. Cuarenta y cinco años, varón blanco, casado con Margaret, con dos hijas, Mirla y Patrice, licenciado en derecho por la Universidad Columbus de Nueva York, había sido congresista durante cinco años y gobernador durante ocho años. Toda una carrera meteórica para un joven de clase media, de una sencilla familia de Detroit, pero nada sucio o misterioso en su expediente. Católico practicante, pero de talante no muy conservador, había servido en la Guardia Nacional y era muy aficionado al béisbol. Ninguna amante conocida, ninguna aventura extramatrimonial, ningún caso de corrupción, y eso era mucho decir para el promedio de políticos estadounidenses.

El gobernador era muy dialogante, mantenía buena relación con los países árabes y Rusia, aunque su opinión sobre Israel le alejaba del electorado judío. Algunos le consideraban algo racista, por unas declaraciones contra la inmigración de orientales en el país y la dependencia del estado de los negros, pero nada que fuera realmente radical.

Después miró un rato el corto expediente de Susan Peterson, hija de una acaudalada familia de Chicago, estudiante de politología, especialista en ponerología política y episcopaliana no practicante. Por unos instantes se detuvo en el dato sobre su especialidad. En ese instante Priscila recordó la desagradable conversación con el arzobispo de Boston, Samuel Lewis, sobre el gobierno de los psicópatas. El arzobispo en ese momento no estaba en Estados Unidos; la repentina muerte del Papa le había obligado a viajar a Roma. Priscila seguía su rastro, nunca había podido demostrar su relación con los asesinatos de varios sacerdotes católicos en Boston, pero no descartaba reabrir el caso. Aunque el padre Philip había sido condenado a cadena perpetua, afortunadamente para él no había condena de muerte en el estado de Massachusetts.

Priscila puso de nuevo en funcionamiento la base de datos del FBI, pero apenas había información del muerto. August Albee era un periodista de veintiocho años, especializado en temas políticos, soltero, de origen judío, residente en Washington y nunca había cometido un delito, ni siquiera una multa de tráfico.

—¡Peter, puedes venir! —gritó Priscila.

—Sí, jefa —dijo el asistente entrando a la carrera.

—¿Puedes sacarme un billete de avión en el primer vuelo que salga para Indianápolis?

—Hecho. ¿Dormirá en la ciudad?

—No, pero deja la vuelta abierta —comentó Priscila.

—¿Al final va a visitar a Susan Peterson?

—Parecía muy asustada, podría haber enviado un agente para que charlara con ella, pero no me quedaba tranquila —dijo Priscila.

—Me hago cargo, yo intentaré mover el papeleo. Se sentirá como en casa —dijo el asistente.

—¿Por qué? —preguntó intrigada Priscila.

—Indianápolis es la ciudad con más iglesias por metro cuadrado, es la capital del puritanismo de la región —bromeó Peter.

—Muy gracioso; cuando regrese recuérdame que te baje el sueldo —dijo Priscila.

Aquella mañana estaba perdida, y decidió regresar a casa para preparar una maleta. Mientras recogía la ropa recibió el billete en su iPhone; le quedaban cuarenta minutos para llegar al aeropuerto. Decidió pedir un taxi, pues la última vez que había ido en auto a un viaje con el vuelo de regreso abierto, su Nissan se había pasado quince días en el estacionamiento del aeropuerto, lo que le había resultado carísimo.

Mientras el taxi atravesaba las calles del centro de Washington, Priscila recordó

de nuevo al arzobispo, como si algo le dijera que buscara más información. No tuvo que indagar mucho en su iPad, ya que el arzobispo era uno de los papables aquel año. Lo único que le faltaba al confuso y turbulento año que vivían era que el futuro Papa fuera un psicópata, que se creía elegido por el destino para dirigir espiritualmente al mundo.

Capítulo 3



LA terminal de vuelo del aeropuerto de Indianápolis era muy pequeña, pero su estilo vanguardista la convertía en una de las más modernas del país. Cuando Priscila salió de la terminal comprobó que la temperatura era muy agradable. La gente caminaba despreocupada de un lado para el otro y los taxistas eran amables; todo un lujo en el mundo actual, pensó Priscila mientras se dirigía hacia el Hotel Sheraton, el que usaba el candidato para sus dos días de estancia en la ciudad.

Priscila dejó su pequeña maleta en consigna, después se dirigió a la redonda plaza en la que había uno de los pocos monumentos de la ciudad: el Monument Circle. Susan había quedado con ella en Chocolate Café, todo un acierto, ya que Priscila era una verdadera devoradora de las dos cosas.

El local tenía una agradable terraza que daba a la plaza. Priscila escrutó brevemente a la gente sentada y enseguida supo quién era Susan. Una chica rubia de cabello rizado, con una minifalda vaquera que miraba incesantemente su teléfono, tal vez a la espera de recibir un mensaje suyo, ya que el avión se había retrasado un poco y llegaba veinte minutos tarde.

—¿Susan Peterson? Soy Priscila Serrano —dijo extendiendo la mano para saludarla.

—Un placer —dijo la joven sin levantarse de la silla y estrechándole la mano.

—Bueno, disculpe la demora, el avión tardó en aterrizar —se disculpó Priscila.

—No se preocupe, es la hora de cenar y tengo un rato libre. No sé por qué, pero la imaginaba mucho más...

—¿Mayor? Me suele pasar mucho, la mayoría de la gente cree que la directora de una división del FBI debe superar los cincuenta años —dijo Priscila sonriente.

—Discúlpeme —dijo la joven ruborizándose.

—No se preocupe.

Priscila pidió un chocolate caliente. La temperatura era suave, pero sentadas en la calle y a la sombra, le apetecía tomar algo que le confortara.

—Siento haberla hecho venir hasta aquí. Lo cierto es que veía fantasmas donde nos los había. El candidato George Swift es un buen hombre y estoy segura de que será un buen presidente, por eso llevo dedicando a esta campaña casi medio año —dijo la joven.

La agente frunció el ceño. No podía creerse lo que aquella chica le estaba diciendo, ya que de alguna manera le estaba invitando a que se volviera por donde había venido.

—No me ha hecho tomar un vuelo de dos horas para nada, ¿verdad? —preguntó Priscila algo alterada.

—Me temo que sí. Cuando la llamé estaba muy nerviosa, pues la muerte de August me había impactado mucho; fue apenas hace un día, muy cerca de aquí, en la ciudad de Richmond —dijo la joven.

—¿Qué eran esas pruebas que estaba reuniendo? Me habló de algunas sospechas que tenía —dijo Priscila, intentando hacer hablar a la joven.

—Sospechas infundadas, tonterías. Nada importante, le pido disculpas. Tengo que volver en un rato al hotel, el candidato da una rueda de prensa en media hora —se disculpó la joven.

Priscila nunca se había encontrado un caso como aquel. La joven no parecía nerviosa, coaccionada, manipulada o bajo el efecto de una droga. Estaba diciendo la verdad.

—¿Me permite simplemente hacerle un par de preguntas sobre August y sobre su especialidad de la universidad?

—Si es breve —dijo la joven comenzando a ponerse nerviosa.

Aquello era el colmo; la agente respiró hondo para no perder los estribos.

—August era un periodista del Washington Post, un periódico claramente contrario a la candidatura de George Swift. El periodista había escrito algunas crónicas despiadadas contra George Swift, sobre todo tras el atentado terrorista contra la mezquita de Al-Aqsa. El candidato se oponía a la nueva distribución de la explanada de las mezquitas. Los judíos van a reconstruir el Templo de Jerusalén, aunque han prometido que harán una mezquita en la explanada —dijo Priscila.

—El candidato teme que eso aumente la tensión en la zona. La mayoría de los países árabes han anunciado que atacarán a Israel si continúa con el proyecto —dijo Susan.

—Sí, pero Siria, Líbano, Jordania y el propio Egipto están muy débiles. Llevan décadas de gobiernos populistas que les han empobrecido y debilitado —dijo Priscila.

—Es cierto, pero los países del Golfo Pérsico se unirán a la coalición —dijo Susan.

—Lo dudo, a menos que Estados Unidos esté de acuerdo. No creo que Arabia Saudita luche hombro con hombro con Irán —dijo Priscila.

—Pero en la zona hay un aliado muy fuerte —dijo Susan.

—¿Habla de Rusia? —preguntó Priscila.

—Exacto —comentó Susan.

—Aun así es dar la espalda a casi ochenta años de políticas a favor del Estado de Israel —comentó Priscila.

—A veces las cosas cambian —dijo Susan.

Priscila observó el rostro angelical de la ayudante del candidato, pero notó que su sonrisa era solo una pose aprendida.

—Me tengo que ir —dijo la joven haciendo amago de levantarse.

—No he terminado todavía —dijo muy seria Priscila.

La joven se sentó de nuevo, pero su cara perdió la tranquilidad que había intentado transmitir todo ese tiempo.

—No creo que importe la política internacional en un caso de sobredosis de drogas —dijo Susan.

—A no ser que el periodista descubriera algo que comprometiera al candidato —dijo Priscila.

—Pero August murió accidentalmente —comentó Susan.

—Por el momento, aún no he leído la autopsia —dijo Priscila.

—¿Qué más quiere preguntarme? —dijo la joven.

—Estudió ponerología, ¿no es cierto?

—Sí —contestó la joven.

—¿Por qué se especializó en esa materia? —preguntó Priscila.

—Me apasionaba la influencia de los líderes sobre las masas, su capacidad para transformar las conciencias, independientemente de que apruebe o condene su conducta —dijo Susan.

—Sabe lo que supondría para un país el que se produjera una patocracia. ¿Cree que eso puede suceder en la actualidad? —preguntó Priscila.

—Ha sucedido constantemente —dijo la joven—; naturalmente que puede volver a suceder.

—¿Puede suceder en Estados Unidos? —preguntó Priscila.

—No, se necesita una población más dócil e inculta —comentó Susan.

—¿Cómo la alemana de los años treinta del siglo xx? —preguntó Priscila.

—Bueno...

—¿Qué descubrió, Susan?

—Nada, ya se lo he dicho. Simplemente estaba confundida —dijo la joven.

Priscila se inclinó hacia la joven y le dijo en un susurro.

—¿Desde dónde nos miran? —preguntó a la joven.

Los ojos de Susan se humedecieron, pero no contestó a la pregunta.

—Sabe que se desharán de usted de todas maneras —dijo Priscila.

—Ellos son mi familia, son todo para mí. No puedo traicionarles; a veces hay que hacer algunas cosas malas para conseguir un bien mayor —dijo la joven.

—No son su familia, simplemente tiene que hacer lo que considera justo. Mentir no ayudará a su candidato —comentó Priscila.

—Me tengo que ir. Lamento haberle hecho perder el tiempo —dijo la joven.

Mientras Susan recorría la plaza en dirección al hotel, Priscila no dejó de pensar en lo que habían hablado. Si la joven consideraba al equipo del candidato su familia, era que algo no estaba funcionando bien. La joven estaba manipulada, pero al mismo tiempo tenía miedo de algo.

Priscila miró el horario de vuelos. El próximo no salía hasta las diez de la noche, lo que le dejaba dos horas de margen. Decidió visitar la ciudad antes de regresar a casa. Al menos aprovecharía en parte el viaje, se dijo mientras pagaba la cuenta y comenzaba a pasear por la plaza.

Capítulo 4



PRISCILA reconoció media hora más tarde que Indianápolis se recorría en menos de dos horas. La tarde era muy agradable y el paseo relajante, sobre todo después de varios meses sin apenas descanso y con un horario interminable. Miró su correo en el teléfono, pero no tenía nada nuevo. Levantó la vista y observó el horrendo monumento a la guerra; no sabía de quién había salido la idea, pero la paz era la única digna de tener un monumento. Miró el periódico en su teléfono, nada importante, hasta que buscó en las noticias de última hora y encontró una noticia sorprendente: «El Cónclave elige como Papa al cardenal Samuel Lewis, el más joven en la historia de la Iglesia Católica».

Priscila se quedó boquiabierta. Aquel hombre era el menos indicado para gobernar la Iglesia más grande del mundo. Ella sabía bien cuál era su naturaleza.

Se sentó en un banco y comenzó a leer todos los artículos relacionados con el nuevo Papa. En el *L'Obssevatore Romano*, el periódico oficial del Vaticano, comentaban que el nuevo Papa regiría la Iglesia con el nombre de Juan Pablo III y que había prometido que su primera visita sería a la ONU, dada la grave situación económica y política del planeta. En el *Le Figaro*, reflejaban la nueva postura del Papa ante la construcción judía del Templo de Jerusalén y su oposición al establecimiento de Jerusalén como capital de Israel.

Priscila pasó más de media hora mirando noticias casi sin pestañear, hasta que el aviso del móvil le advirtió que tenía que regresar al hotel, tomar su equipaje y dirigirse al aeropuerto.

La agente caminó con paso rápido hasta el Hotel Sheraton. Entró en el vestíbulo del hotel, y mientras esperaba a que le devolvieran su maleta, una fuerte explosión se escuchó en una de las salas laterales. Todo el hotel se sacudió y Priscila se cayó al piso. Se puso en pie de un salto, tomó su arma y corrió hacia el humo, en medio de la confusión.

Capítulo 5



CUANDO Priscila entró en el salón, el humo todavía era asfixiante. Se tiró al piso y reptó hasta la mesa. Allí estaba el candidato, con una pequeña herida en la cara, su jefe de prensa que parecía ileso, y media docena de periodistas tirados en el piso. Priscila miró al lateral y vio los restos de una mochila y el cuerpo destrozado de una mujer. El humo comenzó a salir por el ventanal roto, pero la multitud, que en un primer momento había huido despavorida, comenzó a agolparse delante del ventanal.

Priscila se puso en pie y pidió a la gente que se apartara. Después ordenó a dos de los guardaespaldas que controlaran a la multitud, mientras ella se acercaba al gobernador.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó la agente.

—Sí, pero ¿quién es usted? —comentó el candidato todavía conmocionado por la explosión.

—Mi nombre es Priscila Serrano, directora de división del FBI. Tenemos que salir de aquí para ir a un lugar más seguro. ¿Puede caminar?

—Sí —dijo el candidato poniéndose en pie.

Salieron por el vestíbulo y con dos escoltas llegaron hasta el garaje, tomaron el auto oficial y Priscila les pidió que se dirigieran al centro del FBI en la ciudad.

—No creo que sea necesario, mañana tengo que partir hacia Kansas City —dijo el candidato.

—Primero tendrá que pasar un chequeo médico. Los médicos del FBI son de los mejores del mundo, y después le haremos unas preguntas y podrá irse —dijo Priscila.

—¿Sabe con quién está hablando? —refunfuñó el candidato.

—Sí, señor. Con George Swift, candidato a la presidencia de Estados Unidos —contestó Priscila.

—Entonces seguirá el protocolo de seguridad. Estoy aquí para...

—Protegerle, a no ser que no quiera llegar a las elecciones —dijo la agente.

El candidato miró a su jefe de campaña y este ratificó con la cabeza los

comentarios de Priscila.

Capítulo 6



LA nueva sede del FBI en Indianápolis era un gran edificio nuevo cerca del aeropuerto. Después de examinar al candidato y a su jefe de prensa, los miembros del FBI los llevaron a una cómoda sala, les facilitaron ropa limpia y comida, una computadora y varias líneas de teléfono. Había que tranquilizar a mucha gente. A la familia del candidato, al presidente de Estados Unidos, al otro candidato y a la opinión pública. La agencia invitó a un par de fotógrafos a que difundieran imágenes del candidato ileso. Tras dar carnaza al circo mediático, Priscila acudió a la sala con el jefe de la agencia en la ciudad, Clark Perretti.

—Nos sentamos aquí, si no les importa —dijo Priscila, señalando una mesa redonda con cuatro sillas.

El candidato se sentó enfrente de la agente y el jefe de prensa a su derecha.

—Serán unas preguntas rápidas —dijo Priscila.

—Adelante, quiero reunirme con mi familia cuanto antes —dijo el candidato.

—¿Podría describirnos lo que sucedió en la sala, señor Swift? —preguntó Priscila.

—Si lo desean, yo puedo contarles... —dijo el jefe de prensa.

—Gracias, prefiero que testifique él, usted puede completar más tarde la declaración —dijo Priscila cortando al hombre.

El candidato frunció el ceño. No le gustaba ni el tono ni las formas de la mujer.

—Seré breve, estábamos haciendo una rueda de prensa con los medios de la ciudad antes del mitin de esta noche. Llevábamos unos diez minutos cuando Susan Peterson, una de los miembros de nuestro equipo de campaña, entró en la sala y se sentó en una silla junto a la cristalera. Lo último que recuerdo es que la joven se puso en pie y estalló por los aires —dijo el candidato.

—¿Conocía a la joven? —preguntó Priscila.

—Naturalmente, llevaba más de un mes viajando con nosotros, es hija de un destacado miembro del partido en Chicago —dijo el candidato.

—¿No sabe nada más? —preguntó el otro agente.

—No, normalmente no hablo con el resto de voluntarios; puede que cruce alguna palabra, pero poco más —dijo el candidato.

Priscila anotó varios datos en su iPad, después puso en marcha el video de la pantalla y les hizo un gesto para que mirasen. Las imágenes del hotel eran muy nítidas. Se veía claramente la entrada de la joven, cómo se sentaba en un lado, como si fuera un autómata, y después se ponía de pie y se hacía estallar.

—Es horrible —dijo el candidato, apartando la vista.

—El cuerpo de la joven ha quedado totalmente mutilado —dijo Priscila.

—Era una maldita terrorista —dijo el jefe de campaña.

—Eso está por determinar —dijo el agente.

—Pero, si tienen un video en el que se ve claramente...

—Puede que lo hiciera coaccionada, que la amenazaran con matar a su familia, drogada, en un impulso de celos... —dijo Priscila.

El candidato se puso en pie y señaló con el índice a la agente.

—Está insinuado que era mi amante —dijo el candidato.

—No, en muchas ocasiones estas becarias se enamoran de los líderes políticos y sienten celos aunque entre ellos no haya ninguna relación —dijo Priscila.

—Hay muchas cosas que no encajan. ¿Por qué se inmoló la joven? —preguntó el agente.

—Está claro, para matarme —dijo el candidato.

—¿Está seguro? Entonces ¿por qué se colocó en un lugar tan apartado? La explosión apenas le arañó la cara —dijo el agente.

—Era una chica inexperta —comentó el jefe de prensa.

Priscila tomó de nuevo el iPad y comenzó a escribir.

—¿Qué hacía usted en el hotel? —preguntó el candidato.

—Un viaje de vacaciones —dijo Priscila.

—¿En estas fechas? —preguntó el candidato.

—Yo soy la que hago las preguntas.

—Sí, señorita, pero su tiempo ha terminado —dijo el candidato.

—Me temo que no. El director general del FBI me ha asignado para protegerle en lo que resta de campaña —dijo Priscila.

—Eso es imposible —dijo el candidato.

—Es por su seguridad; le prometo que estaré en un segundo plano, ni siquiera sabrá que estoy en su caravana.

El jefe de prensa le dijo algo al oído al candidato, él asintió con la cabeza y con cara de resignación le dijo:

—Está bien, pues ya tiene su primera misión. Tenemos que estar en el mitin dentro de media hora y está al otro extremo de la ciudad.

—Eso no es problema, señor Swift.

Priscila se llevó al candidato y a su jefe de prensa a la azotea del edificio. Les

esperaba un helicóptero de la agencia. En cuanto subieron, el aparato despegó y se dirigió al Victory Field, el estadio de béisbol de la ciudad. Mientras el helicóptero descendía en mitad de la pista, Priscila miraba a la multitud enfervorecida. Qué sencillo era manipularles, un poco de espectáculo, algunas mentiras útiles, un par de comentarios para manipular sus sentimientos y la gente era capaz de hacer cualquier cosa por su líder. Sintió un escalofrío; sabía que se había metido en la guarida del lobo, pero aquel lugar era el único seguro para descubrir toda la verdad.

Capítulo 7



EL candidato se acercó y subió al estrado justamente después de que le presentara el alcalde de la ciudad. Llevaba un traje negro impecable, una corbata roja y una sencilla camisa blanca. Su porte era imponente, era el candidato a la presidencia más elegante y atractivo desde Kennedy. Se paró delante del estrado, lanzó una mirada larga a la multitud, como si pudiera ver a todos y cada uno de los miles de rostros que le escrutaban. Después, con una voz suave pero firme dijo:

—Esta noche he vuelto a nacer.

Los aplausos inundaron el estadio; la gente estaba enfervorecida, casi alocada, mientras que el candidato se limitaba a sonreírles. Su dentadura perfecta brillaba en las dos pantallas gigantes.

—La Providencia sabe que tengo una misión que cumplir. El mundo pasa horas difíciles. Hemos hecho daño al planeta, contaminando y sobreexplotando nuestros recursos, hemos permitido que millones de hermanos nuestros murieran de hambre, hemos promovido guerras y violencia, hemos permitido que los avariciosos heredaran la tierra, que la codicia campara a sus anchas, mientras los que debíamos frenar todo esto mirábamos hacia otro lado, pero todo eso se terminó.

La multitud volvió a gritar el nombre del candidato mientras movían las pancartas, las manos en señal de victoria y las banderitas.

—No podrán impedir que mis pies entren en el sagrado templo del Congreso, para proclamar a la nación entera que ha comenzado una Nueva Era. No me detendrán las bombas ni las amenazas, tampoco aquellos que en nombre de la moral quieren atar a otros a sus costumbres. Soy libre, llevo en mi mano las cadenas rotas del conformismo, no tengo facturas que pagar cuando llegue a la Casa Blanca. Ustedes, la buena gente de Indianápolis, unidos al grito desesperado de millones de norteamericanos que no tienen un trabajo, un hogar al que volver para refugiarse de la fría noche, a los que lo han perdido todo en el juego de intereses de la economía financiera, son los que me llevarán a ocupar el más alto cargo de la nación.

La gente parecía entrar en éxtasis, mientras Priscila permanecía de pie, delante de la plataforma y por debajo del candidato.

—Los problemas de este mundo no se solucionan únicamente en casa. Estados Unidos está llamado a liderar el mundo. Cuando no lo hemos hecho, el caos se ha apoderado de las naciones. Países con gobernantes populistas, viejas potencias con la mente en su pasado glorioso, una Europa agotada y sin ideas. Nosotros somos la única esperanza para el mundo. Si llego a ser presidente de este bello país, caminaremos unidos a las naciones libres, por el sendero de la paz hasta una unión fuerte, que favorezca a todos los países y que termine con los abusos de los mercados financieros.

Cada palabra golpeaba la mente de la multitud como si de un gigantesco martillo se tratara, cincelando su pensamiento hasta transformarlo por completo. La propia Priscila se encontraba extasiada escuchándole, no podía evitar que sus palabras le emocionaran y le devolvieran la fe en la raza humana.

—Ya no hay fronteras, no hay razas ni culturas. Toda la tierra unida bajo el mismo grito: Libertad, libertad, libertad —gritó el candidato con fuerza. Su mujer e hijas se acercaron al estrado, le abrazaron y comenzaron a saludar a la gente. Saltaron confetis y cintas de colores, mientras sonaba la música. El público había llegado al éxtasis y Priscila miraba atónita al gentío que de pie no paraba de aplaudir y gritar el nombre del candidato.

Capítulo 8



PRISCILA no podía dormir. Estaba alojada en el hotel del candidato, a un par de puertas de su habitación; se sentía agotada, pero su mente no dejaba de dar vueltas a la conversación con Susan, al interrogatorio en la sede del FBI y al discurso de Swift. Buscó en su iPad el libro de Lobaczewski, Ponerología Política, pero no lo encontró. Nadie lo había reeditado desde hacía años y estaba agotado. Buscó por la Internet hasta que encontró una página web donde podía leerse el libro gratuitamente.

El libro comenzaba con una de las citas del propio Lobaczewski:

La experiencia ha enseñado al autor que el mal es similar en naturaleza a la enfermedad, aunque posiblemente más complejo y elusivo para nuestro entendimiento. Su génesis revela muchos factores patológicos, especialmente psicopatológicos, en carácter, cuya esencia, la medicina y la psicología ya han estudiado... Una comprensión de la esencia y el génesis del mal generalmente usa información de biología, medicina y psicología. Solamente una reflexión filosófica es insuficiente.

(Andrzej M. Lobaczewski, Political Ponerology: A Science on the Nature of Evil Adjusted for Political Purposes Red Prill Press, 2007, introducción del libro traducido por Adela Kaufman).

Después, el autor describía psicopatía y cómo se manifestaba en los individuos, pero lo que más le interesó a Priscila fue cuando el libro se centró en la influencia que tenían esos psicópatas líderes entre la población y sobre todo su facilidad de palabra.

Priscila subrayó en el texto esta característica:

Los psicópatas son encantadores y articulados conversadores. Ellos son expertos en contar historias «inverosímiles pero convincentes» acerca de ellos mismos, y a menudo procuran aparecer bien versados en cualquier

número de temas, usando lenguaje técnico que engaña a la mayoría de los laicos, (pero no a un experto). Para observadores experimentados, las dramáticas exhibiciones parecen demasiado pulidas y superficiales, como si el psicópata estuviera simplemente leyendo las líneas de un escrito.

(Ibíd., Hare 34-5).

Priscila se preguntó si el candidato tenía algunas de las características de estos psicópatas. En primer lugar, pensó en si el candidato tenía un carácter «hechizante»; sin duda lo tenía. La otra característica era si era extremadamente rígido en sus creencias; eso no lo podía asegurar, pero sin duda en los próximos días lo descubriría. En tercer lugar, algún daño cerebral; para averiguar eso tendría que hacerse con algún informe médico del candidato; de hecho, podía pedir el informe médico que le acababa de hacer el FBI. Por último quería indagar en la historia de su familia, para averiguar cómo había sido su educación.

Priscila trató de recordar la reacción del candidato ante las imágenes de la explosión: había expresado horror al ver la muerte de su colaboradora, pero su cuerpo no había mostrado ninguna emoción.

Además de estudiar al candidato, Priscila quería registrar todas las pertenencias de la joven. Su habitación estaba precintada y ella se había hecho con una copia de su disco duro.

Aunque lo que realmente necesitaba era apoyo desde fuera de la caravana de la convención. Miró la hora en su reloj, eran las diez treinta de la noche, algo tarde, pero esperaba que su amigo Ray siguiera despierto; marcó el teléfono y esperó.

Unos segundos más tarde, una voz adormilada respondió al otro lado.

—Dígame.

—Ray, soy yo Priscila —dijo la agente, contenta de escuchar la voz de su amigo.

—¿Priscila? ¿Se puede saber por qué me llamas a estas horas? —dijo Ray.

—Tengo un caso entre manos y necesitaré tu ayuda —comentó la agente.

—Estoy jubilado, ahora me dedico a jugar al golf, leer el periódico y acumular medicamentos —dijo Ray.

—No me lo creo —dijo Priscila.

—Bueno, ¿en qué te puedo ayudar?

—Estoy investigando un caso relacionado con el candidato presidencial George Swift —dijo la agente.

—¿Al qué casi vuelan esta tarde en Indianápolis? —preguntó Ray.

—Al mismo. Quiero que averigües todo sobre su pasado, también sobre Susan Peterson, y por último que estudies quiénes son los donantes más importantes de la campaña —dijo Priscila.

—¿Y tú a qué te dedicarás? ¿Te has tomado unas vacaciones en la playa? —preguntó Ray.

—Estoy en el equipo de seguridad del candidato y le seguiré por todo el país; mañana nos vamos a Kansas City, te mantendré informado del itinerario —dijo Priscila.

—Ok, espero que sepas guardar tu trasero sin mí —dijo Ray.

—Llevo mucho tiempo haciéndolo —comentó Priscila.

—Un abrazo, me pongo a ello mañana mismo —dijo Ray.

—Descansa y mantenme informada de cualquier novedad —dijo Priscila.

Cuando la agente colgó el teléfono tenía una sonrisa grabada en los labios. Ray y ella habían resuelto varios casos juntos, a pesar de ser la noche y el día. A lo mejor ese era el secreto de su éxito; las personas muy diferentes tienden a complementarse.

Apagó la luz e intentó dormir, pero aquellos sueños extraños invadieron su descanso, y a la mañana siguiente se sentía realmente agotada.

Capítulo 9



LA mañana fue ajetreada. La vida nómada de los candidatos les llevaba de un sitio a otro durante semanas. Muchos viajes en avión, bastantes kilómetros en autobús. Interminables mítines, ruedas de prensa, comidas y entrevistas. Priscila tenía a su cargo a cinco agentes del FBI y otros diez miembros de la seguridad privada del candidato. Su especialidad no era la protección de altos cargos, pero en su época de estudiante había aprendido algunas técnicas contra ataques terroristas y cómo poner a salvo a una autoridad en peligro.

Para llegar a Kansas City, el jefe de prensa optó por el autobús. Indianápolis no estaba muy lejos de Kansas, y el autobús era un reclamo perfecto para que en el itinerario miles de personas vieran pasar al candidato. La ruta a seguir sería Springfield, St. Louis, Columbia y Kansas City, dos días de viaje con muchas paradas.

Priscila se sentó a dos filas del candidato. En esta ocasión su familia no viajaba con él, se uniría a la campaña en Kansas City en vuelo directo. No era sencillo hacer vida familiar en plena campaña, y las hijas del candidato no podían perder tantos días de escuela.

Mientras Priscila miraba el paisaje, no dejaba de pensar en el caso. Había recibido algunos datos del laboratorio: restos de Susan, el tipo de explosivos, lista de sospechosos terroristas en la zona e incluso varias reivindicaciones del atentado por parte de movimientos extremistas.

Priscila conectó el iPad y decidió comenzar por la autopsia de Susan. El informe era muy confuso; la explosión había destrozado buena parte del cuerpo, pero habían logrado encontrar dos cosas muy interesantes. La primera, restos de droga en el organismo; eso demostraba en parte que la joven no había actuado en sus cabales. La segunda cosa era que Susan estaba embarazada. Priscila no se extrañó de ninguna de las dos cosas, como si en su fuero interno las intuyera.

El informe de los explosivos sembraba más dudas que las que aclaraba. Al

parecer se trataba de un explosivo militar denominado RDX, pero a pesar de la gran capacidad destructiva de este explosivo, la cantidad utilizada fue claramente insuficiente para destruir toda la sala. Los restos de la bomba eran demasiado complejos para que los hubiera fabricado Susan por sí misma. ¿Quién le había facilitado entonces el explosivo?

En cuanto a las organizaciones extremistas que habían reivindicado el atentado, ninguna era capaz de organizar algo así, y lo único que buscaban era publicidad gratuita.

Los informes sembraban más dudas que pistas sobre el misterioso atentado, pensó Priscila.

La agente decidió cerrar los informes, ponerse un poco de música y dormir un poco, pues tenía que recuperar algo del sueño perdido, pero antes de que pudiera dormirse por completo, se acercó a ella el jefe de prensa. El hombre de mediana edad estaba muy grueso, había perdido gran parte de su cabello rubio y fino, pero conservaba una cara infantil. Se llamaba Terry Fleischer. No se había mostrado muy agradable hasta el momento, pero en las últimas horas se había esforzado en parecerlo.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó Terry.

—No puedo hablar de ella, ya sabe...

—Era broma. Lo único que quiero que sepa es que el candidato y todo el equipo la apoyará en lo que necesite. Disculpe nuestro comportamiento de ayer, pero estábamos muy tensos y nerviosos. No se producía un atentado de este tipo desde el que sufrió Ronald Reagan —dijo Terry.

—Me hago cargo —dijo Priscila.

—Tendremos que trabajar juntos y coordinarnos. ¿Ha recibido los horarios y visitas de los dos próximos días?

—Sí, pero quería comentarle varias cosas —dijo Priscila.

Terry se recostó más en el respaldo del asiento, y su enorme barriga salió a flote como una ballena del agua.

—Usted dirá.

—En varios actos se expone mucho la seguridad del candidato. Puede que Susan actuara sola, pero hay riesgos de que vuelvan a intentarlo —dijo Priscila.

—¿Usted cree? Yo lo veo improbable. Simplemente fue un arranque de celos, profesionales me refiero. Tal vez una decepción política, con los jóvenes pasa constantemente. Creen que esto un trabajo bello y noble, pero no lo es —dijo Terry.

Priscila miró detenidamente al hombre. Su cara tenía un color cetrino, los ojos pequeños y azules estaban hundidos debajo de dos espesas ojeras. Parecía realmente agotado.

—Debería ser bello y noble —dijo Priscila.

—Lo malo en esta vida es que siempre hay una gran distancia entre el debería ser y el ser —dijo Terry.

—Susan no pudo actuar sola. No creo que fuera capaz de fabricar un explosivo como ese —dijo Priscila, volviendo al tema.

—Nunca se conocen todas las capacidades de una estudiante universitaria —bromeó Terry.

—¿Con quién se relacionaba Susan? —preguntó Priscila.

—No me fijaba mucho en ella. Puede que con las otras chicas, ya sabe. Suelen hacer una piña.

—Entiendo. Pero ¿nunca la vio más tiempo con nadie en especial?

Priscila pensaba que el jefe de campaña no estaba siendo sincero, algo por otro lado muy común en los políticos.

—Mi trabajo es que George Swift llegue a la presidencia de Estados Unidos, todo lo demás no me importa. Ocúpese usted de la seguridad —dijo Terry.

—¿Qué piensa usted del candidato? —preguntó Priscila.

—A nadie le preocupa lo que piense el jefe de campaña del candidato —dijo Terry.

—A mí sí me importa —dijo Priscila sonriente.

—Para mí es el mejor candidato de este año, el hombre que puede cambiar al país en un momento tan difícil como este, el resto me es indiferente.

—En cambio a mí me interesa ese resto que usted menciona de soslayo —dijo Priscila.

—No le entiendo —dijo Terry encogiendo los hombros.

—¿Cómo es George? Me refiero como hombre, como padre y como persona —dijo Priscila.

—Un hombre corriente.

Priscila notaba las evasivas del jefe de prensa, pero no quería darse por vencida.

—Me refiero a que si es cariñoso con sus hijas, entra en cólera con facilidad, es compasivo, religioso...

—Es un tipo normal que controla bastante sus emociones y no le gusta expresarlas en público, a no ser que piense que es necesario hacerlo —dijo Terry.

—Entonces tiene un gran control sobre sí mismo —dijo Priscila.

—El autocontrol es bueno, ¿verdad?

—Sí, claro —dijo Priscila.

Terry se puso en pie, miró largamente a Priscila y antes de marcharse le dijo:

—Hoy quiere almorzar el candidato con usted. ¿Está libre?

—Creo que sí, no tengo nada mejor que hacer que protegerle en la próxima semana —dijo Priscila.

Capítulo 10



LA llegada a Springfield fue un verdadero baño de masas. Desde el atentado, el candidato había aumentado su distancia con su rival en más de veinte puntos, la mayor distancia de la historia presidencial de Estados Unidos. Todos recibían al candidato como un héroe y creían que lo que le había salvado de la explosión era una especie de milagro.

Priscila nunca había observado tan de cerca lo parecido que podía ser el fenómeno religioso y el de los fans. Gente dispuesta a hacer cualquier cosa por la persona que admiraba.

Mientras el autobús atravesaba las calles engalanadas de la ciudad, una gran multitud se agolpaba en las aceras. Al final llegaron al Hotel Hilton, una gran torre en mitad de la ciudad, muy próximo al antiguo capitolio.

Después de proteger al candidato hasta su habitación, Priscila recogió su equipaje del vestíbulo y se dirigió a su habitación. Se cambió de ropa, miró el correo electrónico y llamó a su amigo Ray; eran las once de la mañana. En una hora estaría almorzando con el candidato, una oportunidad única para poder sacarle información, pero necesitaba que Ray hubiera encontrado algo. Llamó a su amigo, pero él no respondió al teléfono.

Salió del cuarto en dirección a la habitación del candidato. Llamó a la puerta y entró. George le dedicó una fugaz sonrisa y después le dijo:

—Tardaré unos minutos, hoy salen las nuevas encuestas y estamos analizando los resultados.

Tras recibir varios archivos, el equipo del candidato comenzó a ponerse eufórico; si las elecciones fueran esa misma semana, ganarían en cuarenta y ocho de los cincuenta estados, además con una mayoría absoluta.

George se puso la chaqueta del traje e hizo un gesto a Priscila para que saliera del cuarto. Caminaron por el largo pasillo y se dirigieron al elevador. El candidato apretó a la última planta.

—Hay unas hermosas vistas desde el restaurante de la última planta, además lo han cerrado para nosotros durante una hora. No quieren que salte por los aires toda su clientela —bromeó George.

—Nunca he comido en un restaurante solo para mí, me imagino que es uno de los privilegios de ser alguien importante.

—No me considero alguien importante, soy un servidor del pueblo —dijo George.

Priscila frunció el ceño; eso era exactamente lo que no le gustaba de los políticos, su incapacidad para ser sinceros. Normalmente les gustaba hablar con eufemismos o palabras grandilocuentes.

—Conmigo puede relajarse, yo no soy una votante —bromeó Priscila.

—Todos somos votantes —dijo George sonriente.

Les sentaron en una de las ventanas junto a las vidrieras. Illinois era un estado agrícola, por eso lo que se veía eran cientos de campos a la espera de ser cultivados y algunos pequeños bosques. El hombre había domesticado la tierra hasta el punto de convertirla en una esclava de sus caprichos y necesidades.

—¿Cómo va su primer día como supervisora de seguridad? —pregunto el candidato.

—Muy bien, aunque si le soy sincera, no sé cómo aguantan tantos viajes, hoteles y charlas —dijo Priscila.

—Uno se acostumbra —contestó el candidato sonriente.

—¿Cómo empezó en política? —preguntó Priscila.

El candidato la miró sorprendido, como si nunca se hubiera detenido a pensarlo realmente.

—Imagino que la vida se va abriendo camino y te lleva en la dirección adecuada. Yo estudié derecho, pensaba abrir un bufete en Nueva York, pero entonces recibí la invitación de un amigo de la familia. Le conozco desde que era niño: Sam Black, es un amigo de mi madre, de la universidad, creo.

—¿Su madre estudió en la universidad? —preguntó Priscila.

—Empezó también derecho, pero me tuvo a mí y dejó los estudios —dijo George.

—¿Y su padre?

El candidato agachó la cabeza parecía que algunos malos recuerdos afloraban a su mente, aunque él intentaba no apagar nunca su encantadora sonrisa.

—Murió en Vietnam, por eso creo que evito siempre la guerra. Creo en una máxima: «governemos gracias al amor y no gracias a la bayoneta».

—¿De quién es la cita?

—Creo que de un poeta ruso —contestó el candidato.

—Una mujer viuda lo debió de pasar mal a la hora de sacar adelante a un hijo tan pequeño —dijo Priscila.

—Por eso nos ayudó tanto Sam, ha sido como un padre para mí —dijo George.

—Me suena el nombre, Sam Black, ¿verdad?

—Sí, es uno de los hombres más ricos del país. Se unirá a nosotros en Kansas City —comentó el candidato.

Priscila comió con verdadero apetito el primer plato, le pasaba siempre que estaba nerviosa. Aquel hombre le alteraba; no parecía encontrarle ningún fallo y eso es inquietante para una persona dedicada a descubrir los fallos en los demás. La agente sabía que esa era precisamente la cualidad de algunos psicópatas. Además, los psicópatas más inteligentes podían mostrarse muy normales la mayoría del tiempo. La única manera de comprobar si se trataba realmente de un psicópata era produciéndole un estado alto de estrés.

—¿Tenía una relación con Susan? —preguntó Priscila de repente.

El candidato no mostró ninguna sorpresa en su rostro, incluso sonrió levemente, como un niño al que acabaran de atrapar en una mentira.

—¿Tengo pinta de seducir a jovencitas?

—Sí, es un hombre atractivo, con mucho poder, inteligente. ¿No es normal que Susan se encandilara con usted?

—No entiendo mucho lo que pasa por la mente de una jovencita, pero no puedo evitar que nadie se encapriche conmigo —dijo George.

—Pero sí puede evitar dejarla embarazada —dijo Priscila, midiendo exactamente la intensidad de su golpe.

George la miró molesto. Aquella era una acusación muy grave.

—¿Susan estaba embarazada? —preguntó el candidato.

—Sí, de dos meses —dijo Priscila.

—No sabía nada. Ya le dije que apenas cruzábamos palabra. En nuestra rutina, ya lo habrá comprobado por usted misma, el jefe de prensa es el que se reúne con los colaboradores, yo les veo por la tarde un rato en grupo y les animo a continuar. Esa es toda mi relación con ellos —dijo George.

—¿Está seguro? —preguntó Priscila.

—Claro que lo estoy. Soy un hombre felizmente casado con dos niñas, no necesito una aventura. Mi vida esta repleta de emociones y pasión —comentó George.

El candidato había superado la prueba, aunque aquello no demostraba nada. Un psicópata podía aguantar en ocasiones el estrés si lo que esperaba conseguir más adelante era más importante que dejar escapar toda su ira y su rabia. El profesor Kraepelín clasificó a los psicópatas en siete grupos: el tipo antisocial, el excéntrico, el impulsivo, el pendenciero, el inestable, el excitable, el tramposo y el mentiroso. Sin duda, George encajaba mejor en el último modelo.

—Tenemos que terminar —dijo el candidato—, tengo un par de entrevistas antes del mitin de esta noche.

—Claro —dijo Priscila comiendo más deprisa.

—Espero que en estos días me conozca mejor, noto cierta hostilidad hacía mí —comentó George.

—No tengo ninguna hostilidad, simplemente hago mi trabajo. Quiero protegerle, señor Swift, y para poder hacerlo debo conocer la verdad. No entro a juzgarle moralmente. Soy una agente del FBI e intento explicar qué llevó a Susan, una de sus colaboradoras, a atentar contra usted. Descubro que está embarazada, y es normal que sume uno más uno —comentó Priscila.

—Tiene razón, discúlpeme. Estoy bajo un gran estrés.

—Discúlpeme usted si en algún momento le he ofendido —dijo Priscila.

—No me molestan las preguntas directas, las prefiero a las indirectas; me imagino que son las consecuencias de una educación clásica, de alguien que se crio en Texas.

Se pusieron en pie a la vez y salieron del comedor. Priscila tenía una hora de descanso antes de incorporarse al grupo que acompañaría el auto oficial del candidato hasta el lugar del mitin. Tras despedirse en el elevador, la agente se dirigió a su habitación y miró una llamada perdida de su amigo Ray. Te llamaré luego, amigo, pensó mientras guardaba el teléfono. Ahora necesitaba descansar un poco.

Capítulo 11

SE despertó de la siesta totalmente embotada, miró la hora en el teléfono y se quedó petrificada. Tenía que vestirse a toda velocidad, pues en quince minutos el candidato salía para dar su mitin en el Pririe Capital Convention Center. El auditorio estaba en la acera de enfrente, pero por seguridad era mejor ir en auto y entrar directamente por el aparcamiento. Cuando llegó a la habitación del candidato, el resto del equipo estaba dispuesto.

—¿Están los elevadores despejados? —preguntó terminando de meterse la blusa por la falda y abotonándose la chaqueta.

—Sí, señora —respondió uno de los agentes.

—Muy bien, ¿han revisado el aparcamiento?

—Sí, señora. Nadie puede entrar ni salir hasta que el candidato abandone el edificio.

—Perfecto, ¿el centro de convenciones está protegido? —preguntó Priscila.

—Sí, doscientos agentes locales, algunos refuerzos del FBI y cincuenta vigilantes privados.

Aquel lugar era demasiado grande, tenía muchas entradas y recovecos, pero al parecer todo estaba controlado.

—En marcha —ordenó Priscila.

El candidato salió de la habitación y le llevaron escoltado hasta el elevador, después al auto, y por último salieron a la calle. Una multitud esperaba la aparición del candidato. Miles de personas habían llegado de todo el estado para oírle hablar. Se dirigieron al centro de convenciones. Después llevaron al candidato a una de las salas VIP. Mientras acicalaban y preparaban todo para el mitin, Priscila salió de la sala y miró su teléfono. Tenía un mensaje de Ray: «*Llámame en cuanto puedas, es urgente*».

Priscila dio al botón de llamada, pero el candidato salió en ese momento. La comitiva recorrió el pasillo y salió por la parte trasera del estrado. Varias decenas de

miles de personas se pusieron en pie mientras sonaba una frenética música. El espectáculo debía continuar.

Capítulo 12



LA forma del mitin fue muy parecida a la del día anterior, aunque el discurso, para sorpresa de Priscila, era totalmente diferente. El público parecía tan entusiasmado como en Indianápolis, pero mucho más numeroso.

Priscila comprobaba cada cinco minutos la seguridad en los cinco puntos más calientes del centro de convenciones. Apenas había habido incidentes y todo marchaba con normalidad hasta el final del acto.

Todo sucedió con mucha rapidez. Un joven con gorra de béisbol estaba situado muy cerca de la primera fila, en una zona dedicada a simpatizantes y militantes del partido. Priscila no reparó en él hasta casi finalizar el acto. En cierto sentido se fijó en él por la gorra. Los elementos para tapar el rostro eran siempre sospechosos en un acto como ese.

El joven se puso en pie cuando el candidato terminó el discurso, como solía hacer todo el mundo, pero él sacó algo de un bolsillo trasero y dio un paso al frente.

Priscila se adelantó un poco, estaba al pie de la plataforma pero a escasa distancia del candidato. El chico aprovechó la confusión que se producía cuando algunos miembros destacados del partido subían a la plataforma, para saltar un cordón y dar dos zancadas hasta el candidato.

Priscila dio un salto y se lanzó a los pies del joven. Una bandada de guardaespaldas se lanzó a proteger al candidato, mientras algunos agentes reducían al sospechoso.

El pánico se apoderó de las gradas y la gente comenzó a abandonar precipitadamente el recinto. Cuando todo estuvo bajo control, el jefe de prensa tranquilizó a la multitud, que dejó el acto de manera ordenada.

Priscila miró el rostro del joven pegado contra el piso enmoquetado de la plataforma. Era un crío de menos de quince años. La agente le había quitado una navaja; no era muy grande, pero suficiente para asesinar a una persona.

El joven se echó a llorar y Priscila ordenó que le llevaran a una sala; si hacía el

interrogatorio en la primera hora, tenía muchas más posibilidades de sacar más información. El sentimiento de fracaso y el temor a ser condenado bajaban las defensas de los delincuentes. Tenía que darse mucha prisa.

Capítulo 13



CUANDO entró en la sala, el chico estaba sentado en una silla, con las manos esposadas y el cabello rubio cortado a cepillo, completamente cubierto de sudor. Priscila pidió con un gesto a sus compañeros que los dejaran solos, después tomó una silla y se sentó justamente enfrente. No dijo nada, simplemente esperó a que el joven levantara la cabeza. Tuvo que esperar un par de minutos antes de que los brillantes ojos grises del joven se posaran en los suyos.

—¿Estás bien? —preguntó la agente.

El joven la miró extrañado. No esperaba una reacción de ese tipo.

—¿Te encuentras bien? —volvió a preguntar; después puso una mano sobre el hombro del chico, que se apartó ligeramente.

Priscila se apartó un poco, contempló el rostro angustiado del joven y con una voz suave le dijo:

—¿Cómo te llamas?

El joven no respondió.

—No quieres preocupar a nadie, ¿verdad? —preguntó Priscila.

—No, simplemente tenía que hacerlo —contestó al fin.

—¿Hacer el qué?

—Impedir que lo consiga —dijo escuetamente el joven.

—¿Qué consiga el qué?

—Llegar a presidente. Ese tipo es muy peligroso, es un mentiroso —dijo el joven.

—¿Por qué dices eso?

—No es quien dice ser. Si le se lo explico, creerá que estoy loco —dijo el chico comenzando a llorar.

Priscila pasó su mano de nuevo por la espalda del joven, después tomó la llave de las esposas y le soltó. No era prudente hacer algo así, pero quería mostrarle confianza. No le parecía alguien peligroso.

—Ahora empieza diciéndome tu nombre, después cuéntame tu historia —dijo

Priscila tras mirar de nuevo a los ojos al chico, que la observaba atónito.

Capítulo 14



RAY decidió tomar el avión y dirigirse directamente a Springfield; su vuelo desde Dallas no era directo, tenía que ir hasta Washington y desde allí tomar otro avión para la ciudad, pero no le quedaba más remedio; lo que había averiguado era preocupante, pero por alguna razón Priscila no respondía a sus llamadas. Mientras embarcaba en el avión, se dio cuenta de que en las próximas cuatro horas estaría prácticamente incomunicado, pero no veía otra opción.

Se sentó en una de las últimas filas, sin percatarse de un hombre que le llevaba siguiendo todo el día y se ponía un par de asientos más atrás.

Ray recostó la cabeza y cerró los ojos. Estaba algo viejo para hacer trabajo de campo. Acababa de cumplir los sesenta y cuatro, pero desde que se había jubilado ya no seguía el estricto régimen, no hacía el mismo ejercicio que cuando estaba en la agencia. Respiró hondo, bostezó un par de veces e intentó poner las ideas en orden en su cabeza.

George Swift no era George Swift, o al menos ese no era el nombre con el que le registraron al nacer. Le había costado mucho averiguarlo, pues alguien había quitado de su sitio la partida de nacimiento, pero afortunadamente, todos los registros habían sido volcados a una agencia pequeña dedicada a realizar el perfil genético de los ciudadanos norteamericanos. El plan era secreto y seguramente ilegal, pero el FBI lo había usado en algunas ocasiones. A Ray fue el único lugar en el que se le había ocurrido buscar, pero lo que había encontrado era increíble. Por eso tomó a primera hora un vuelo a Dallas, logrando reunir una información muy valiosa sobre el candidato y que se había omitido intencionadamente en la biografía oficial de este.

Ray miró las luces parpadeantes de Dallas, después giró la cabeza para el otro lado y se quedó profundamente dormido. Detrás de él, el hombre que le perseguía le vigilaba. Tendría que interceptarle antes de que llegara a su objetivo.

Capítulo 15



EL joven se relajó poco a poco, se apoyó en el respaldo de la silla y cerró los ojos unos instantes; cuando los volvió a abrir parecía otra persona. Parecía más confiado y calmado, miró a Priscila e intentó contarle todo, pero en el último momento no dijo nada.

—Puedes confiar en mí, lo que quiero hacer es ayudarte. No sé por qué has hecho esta tontería, pero no eres un asesino.

—Mi nombre es Gabriel McCourt, soy de Chicago, he venido hasta Springfield para matar al gobernador George Swift —dijo el joven.

—Muy bien, Gabriel, ¿por qué quieres matar al gobernador?

—Es una historia muy larga —dijo el joven.

—Tenemos tiempo.

El joven se frotó las manos, después se las pasó por el cabello corto, miró a la agente e intentó sonreír, pero no pudo.

—¿Cuántos años me caerán? —preguntó.

—Si colaboras, muy pocos.

—Está bien. Hace un año estábamos en una reunión de jóvenes en la parroquia de Cristo Redentor en Chicago. Formo parte de un grupo carismático que se reúne los domingos por la tarde en el sótano de la iglesia. No somos muchos, algo más de una docena, aunque aquella tarde éramos solo seis.

—¿Quién les dirige?

El padre Anselmo, uno de los ayudantes del sacerdote, es un hombre joven. En cuanto llegó a la parroquia revolucionó a la gente. Servicial, alegre y sobre todo muy carismático. Enseguida comenzó a hablar de los dones espirituales, del Espíritu Santo y sus manifestaciones. La realidad es que comenzaron a ocurrir cosas increíbles. Mucha gente comenzó a ir a la iglesia, también se produjeron algunas cosas milagrosas. Ya sabe, personas que se sanaban tras orar por ellas y gente que encontraba trabajo rápidamente, etc.

—Continúa —dijo Priscila.

—Aquella tarde de domingo estábamos un poco desanimados, el obispo trasladaba a Anselmo a una parroquia en San Francisco, pero por otro lado nos alegrábamos por él. La reunión transcurrió con normalidad, pero al finalizar, uno de nosotros propuso que oráramos todos juntos por el sacerdote. Él se puso en el centro, le rodeamos, pusimos las manos y comenzamos a orar. Llevábamos un rato, cuando uno de los chicos comenzó a hablar con una voz rara. Pero no hicimos mucho caso, a veces había gente que hablaba en lenguas espirituales —dijo el joven.

—Es una práctica muy común en muchas iglesias pentecostales —dijo Priscila.

—Entonces el joven dijo que tenía un mensaje de parte de Dios. Contó que en un año un hombre que era gobernador se iba a presentar a las elecciones, que ese hombre no era quien decía ser, su verdadero origen era diabólico.

—Increíble —comentó Priscila asombrada.

—Debíamos matarle para impedir que gobernara, porque se trataba del Anticristo —comentó el joven.

Priscila se quedó atónita; todo aquello encajaba con lo que ella misma había pensado, pero le sorprendía oírlo en boca de otra persona.

—Aquella voz nos pidió que nos comprometiéramos a eliminarlo. Los seis nos juramentamos a hacerlo, incluido el padre Anselmo —dijo el joven.

—¿Quiénes eran los seis? —preguntó Priscila.

—Bueno, ahora somos cinco, Susan Peterson murió intentando cumplir la misión.

Priscila se quedó sin palabras. Al fin y al cabo, Susan no había actuado sola. Sus sospechas de un autoatentado se disiparon de repente. Lo más preocupante de todo era que aún quedaban otras cuatro personas sueltas con intención de matar al candidato. La agente miró al joven sin saber qué decir; ella también sospechaba que aquel hombre de aspecto impecable, cuidados modales y oratoria magistral era el hombre maldito, era el Anticristo.

Capítulo 16



PRISCILA ordenó que trasladaran al chico al hotel para continuar el interrogatorio. No era un procedimiento habitual, pero ella estaba al mando y ninguno de los agentes le llevó la contraria. Ella prefirió ir caminando; necesitaba algo de aire fresco, tenía la mente confusa y sentía ganas de vomitar, como si toda la tensión de los últimos días comenzara a afectarla realmente.

Mientras caminaba por la calle llamó a Ray, pero su teléfono estaba apagado.

—Es increíble —se dijo a sí misma. No había logrado conectar con él en todo el día.

Ahora que sabía que Susan y ese chico, Gabriel, pertenecían a un grupo que quería matar al candidato, lo más lógico era que informara a sus superiores y diera la orden de búsqueda y captura para los sospechosos. Aún quedaban cuatro de ellos merodeando por la ciudad, a la espera de una oportunidad para matar al gobernador.

Lo que no comprendía Priscila era cómo esa gente pensaba que matar a un hombre estuviera bien. El cristianismo decía expresamente que no se podía matar a nadie, mucho menos a sangre fría.

Cuando llegó a la puerta del hotel deseó seguir caminando, pero era mejor que afrontara la realidad. Lo primero que hizo fue ir a ver al candidato; estaba bien aunque algo impresionado.

—Lamento no haberle visto antes —se disculpó Priscila.

—No se preocupe, lo cierto es que me ha salvado la vida —comentó el candidato.

—Sería mejor que suspendiera la campaña, en estas condiciones no puede continuar —dijo Priscila.

—Ni hablar, nunca se han suspendido unas elecciones a presidente de Estados Unidos, ni siquiera durante la Guerra de Secesión ni en la Segunda Guerra Mundial; prefiero morir en el intento —dijo el candidato.

—Piense en su mujer y sus hijas —dijo Priscila.

—Ellas me apoyan plenamente; hace cinco minutos he hablado con mi mujer y

me ha animado a seguir.

Priscila miró sorprendida al hombre. No entendía su testarudez, pero su deber era protegerle mientras él decidiera seguir adelante.

—Está bien, si es eso lo que prefiere —dijo Priscila.

—¿Quién era el muchacho? ¿Por qué me atacó?

—Lo lamento, pero eso forma parte de una investigación del FBI, a su debido momento le informaremos. Si no necesita nada más, tengo que terminar de interrogarle. Está bien protegido, descanse. Mañana será un largo día.

—Gracias —dijo el candidato.

Priscila abandonó la habitación y se dirigió un momento a la suya. Se sentó en el escritorio y comprobó que todos los datos que Gabriel le había contado eran verdaderos. Existía la parroquia, el sacerdote, y tanto Susan como Gabriel eran católicos y vivían a escasas manzanas de la iglesia. Después mandó un correo electrónico a su oficina pidiendo a su asistente que buscara a todos los miembros del grupo carismático y los intentara localizar.

Cuando abandonó la habitación estaba hecha un mar de dudas. Sabía que la figura del Anticristo era una de las más terribles descritas en la Biblia. El hijo del diablo que vendría para tener el gobierno universal del mundo. Ella creía en el cumplimiento de esas profecías, pero le costaba creer que el Anticristo estuviera a dos habitaciones de su cuarto y que ella pudiera detenerlo con un simple disparo.

Capítulo 17



RAY salió del largo pasillo que unía el avión con la terminal, después miró a ambos lados e intentó situarse. Nunca había estado en Springfield, pero imaginaba que sería sencillo tomar un taxi e ir directamente al hotel. Gracias a las noticias, todo el país sabía que el candidato se alojaba en el Hotel Hilton: un fallo de seguridad imperdonable.

Ray se dirigió a la parada de taxis y tomó el primero de la fila. Afortunadamente, el aeropuerto estaba muy cerca del hotel y en diez minutos estaba en la puerta. Entró en el edificio y preguntó en recepción a una joven recepcionista oriental.

—No puedo darle esa información. Todo lo relacionado con el gobernador George Swift es confidencial —dijo la recepcionista.

—Lo entiendo, pero da la casualidad de que Priscila Serrano, la jefa de seguridad, me tiene que ver con urgencia —comentó Ray molesto.

—Llámelas por teléfono —dijo la recepcionista.

—No contesta, ¿puede al menos llamarla a su habitación? —preguntó Ray desesperado.

—Espere un momento —dijo la recepcionista descolgando el teléfono.

El teléfono sonó en la habitación de Priscila unos minutos más tarde de que saliera para continuar su charla con Gabriel. Apenas había dado unos pasos cuando notó que alguien la agarraba por detrás y la derrumbaba al piso. Después notó un fuerte olor y se quedó dormida.

Mientras, Ray miraba desesperado a la recepcionista. Al final, ella colgó el teléfono e hizo un gesto negativo con la cabeza.

Ray se dirigió a los sillones y se sentó. Por primera vez en muchos años no sabía qué hacer. Respiró hondo tratando de tranquilizarse, después tomó su teléfono y volvió a mandar un mensaje, diciéndole que estaba en el hotel y la esperaba en el vestíbulo, pero todos sus intentos eran inútiles. Priscila estaba inconsciente en un cuarto del hotel y aún tardaría un rato en despertarse.

Capítulo 18



TODO le daba vueltas, se movió con torpeza en la cama y en ese momento comprendió que estaba atada. Abrió los ojos e intentó hablar, pero una mordaza le tapaba la boca. En la habitación había tres jóvenes y un hombre algo más mayor dándole la espalda; parecían mirar algo, pero desde donde ella estaba no podía verlo.

Priscila no sabía si era mejor hacerse la dormida o intentar hablar con ellos. Sin duda se trataba del sacerdote Anselmo y otros tres de sus acólitos, dispuestos a matar al candidato en nombre de Dios.

Al final optó por llamar la atención y comenzó a moverse y a lanzar unos gemiditos. Los cuatro se dieron la vuelta y la observaron unos momentos antes de reaccionar.

La única chica del grupo se acercó a ella y le dijo:

—Si promete no gritar le quito la mordaza.

Priscila afirmó con la cabeza y la joven le quitó el pañuelo. La agente tardó unos segundos en poner la mandíbula en su sitio. Después miró al grupo y con el ceño fruncido les dijo:

—¿Qué se supone que están haciendo? Soy una agente federal y retenerme es un delito muy grave.

—No nos queda otro remedio —comentó el sacerdote.

—Lo sé todo, me lo contó Gabriel. ¿Se han vuelto locos? ¿Cómo van a matar a alguien por la simple sospecha de que es el Anticristo?

—No es una sospecha —dijo el sacerdote—, el Espíritu Santo nos lo comunicó.

—¿También les dijo que lo mataran? No lo creo, el mal no se puede combatir con sus propias armas. Puede que estén intentando matar al hombre equivocado —dijo Priscila.

—Pero si no hacemos nada, corremos el peligro de que se haga con el dominio del mundo —dijo la chica.

Priscila hizo otro gesto para que le desataran las manos.

—No, podría escaparse —dijo uno de los chicos.

—¿Cómo están tan seguros de que se trata de él? —preguntó Priscila.

—¿No ha leído la Biblia? —preguntó el sacerdote.

—Claro que la he leído —contestó Priscila.

—En la primera Epístola del apóstol Juan, habla de él claramente al decir:

Hijos, esta es la hora última. Ustedes han oído que viene el Anticristo; pues bien, ahora han aparecido muchos anticristos. Por eso sabemos que es la hora última. Ellos salieron de entre nosotros; pero en realidad no eran de los nuestros, porque si lo hubieran sido se habrían quedado con nosotros. Pero sucedió así para que se viera claramente que no todos son de los nuestros.

Cristo, el Santo, los ha consagrado a ustedes con el Espíritu, y todos ustedes tienen conocimiento. Les escribo, pues, no porque no conozcan la verdad, sino porque la conocen; y ustedes saben que ninguna mentira puede venir de la verdad. ¿Quién es el mentiroso? Precisamente el que dice que Jesús no es el Mesías. Ese es el Anticristo, pues niega tanto al Padre como al Hijo.

—Lo que dice es muy genérico, podría ser cualquiera —dijo Priscila.

—El candidato ha negado públicamente la divinidad de Cristo, a pesar de confesarse católico —dijo el sacerdote.

—No prueba nada —dijo Priscila.

—Hemos calculado la numerología del nombre del candidato y suma 666. Es el número de la Bestia —comentó el sacerdote.

—Nerón también sumaba en su nombre 666 —dijo Priscila.

—Es que él también fue uno de esos pequeños anticristos que se mencionan en las Escrituras —dijo la joven.

Priscila entendía que ellos intentarían hacer que todo encajara, pero no todo lo hacía, al menos para ella.

—Hay muchas más pruebas. Según el profeta Daniel, será un hombre. Hará un tratado de paz para Israel de siete años, todos los reyes y jefes de gobierno le entregarán el poder total. Usará la paz como su arma principal, para unir a todo el mundo. Le ayudará un falso profeta que hace milagros. Un hombre que es muy elocuente y convincente. El candidato cumple todos esos requisitos.

—Ya estamos en los últimos tiempos, se están dando las tres etapas de las que habló el apóstol Pablo: el fermento de iniquidad, la gran apostasía, y el hombre de pecado —dijo el sacerdote.

Priscila le miró extrañada. Ella no sabía mucho de teología, pero aquello no lo había escuchado nunca.

—No entiendo nada —dijo Priscila.

—El fermento de iniquidad es la gente que dentro de la Iglesia trae valores mundanos infectándolo todo, la apostasía es el abandono de muchos del cristianismo, después llegará el Anticristo —dijo el sacerdote.

—Por favor, si me sueltan me marcharé y podrán irse, pero si siguen con esta

locura alguien quedará malherido —dijo Priscila.

El sacerdote la miró compasivo. Después observó al resto y le dijo:

—No hemos llegado hasta aquí para rendirnos ahora.

—Pues gente inocente morirá.

Priscila terminaba de hablar cuando escucharon un fuerte estruendo. La puerta se hizo añicos y todos retrocedieron atemorizados.

Capítulo 19



RAY se cansó de esperar, llamó a un amigo de la agencia y le preguntó en qué planta estaban alojados el candidato y Priscila. Después tomó el elevador. A su lado entró un tipo grande, de cara hosca, vestido con un traje gris, un pesado abrigo y un sombrero. Ray le miró de refilón, pues sabía que siempre había que desconfiar de la gente con la cabeza cubierta. Tocó con su codo el arma que tenía debajo de su chaqueta e intentó pensar en un modo de encontrar a Priscila.

Cuando bajó en su planta, el grandullón siguió subiendo, cosa que le tranquilizó. Después Ray se dirigió a la habitación de su amiga y escuchó voces dentro. No tardó mucho en descubrir que Priscila estaba retenida por alguien.

Ray pensó en un primer momento en pedir ayuda, pero después se limitó a sacar su arma, dar unos pasos hacia atrás y lanzarse con todas sus fuerzas contra la puerta.

Cuando la puerta se abrió en medio de un fuerte estruendo, Ray no pudo frenar su cuerpo hasta caer encima de la cama. Cuando se incorporó, vio a tres jóvenes y un sacerdote. Les apuntó con el arma, mientras desataba a su amiga con la otra mano.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ray.

—Sí, no dejes de apuntarles —comentó Priscila.

—Llevo llamándote todo el día. ¿Por qué no respondes nunca el maldito teléfono?

—He tenido un día muy complicado —comentó Priscila.

—¿Qué hacemos con ellos?

—Tenemos que detenerlos. Están empeñados en matar al gobernador, según ellos se trata del Anticristo —comentó Priscila.

—Eso es lo que estoy intentando contarte por teléfono durante todo el día —dijo Ray sorprendido.

Priscila le miró con los ojos muy abiertos. Su amigo no era el tipo de hombre crédulo; si él pensaba aquello era porque tenía pruebas que lo demostraban.

Capítulo 20



PRISCILA llevó al grupo a una de las salas que el hotel dejaba a la comitiva del candidato. Ray sacó su tableta y buscó rápidamente unos datos. Todos le miraron impaciente, pero él no parecía tener prisa. Cuando encontró los archivos, levantó la vista y dijo:

—Los primeros datos distorsionados sobre George Swift son la fecha y lugar de nacimiento, su verdadero padre...

—Venga, dinos la información. Nos tienes en ascuas —se quejó Priscila.

Ray entendía el nerviosismo de la agente, pero no le hizo mucho caso. Las cosas tenían que hacerse paso a paso. Era mejor que estuvieran seguros de lo que estaban hablando.

—Según su biografía oficial, George Swift tiene cuarenta y cinco años, varón blanco, casado con Margaret, con dos hijas, Mirla y Patrice, licenciado en derecho por la Universidad Columbus de Nueva York, había sido congresista durante cinco años y gobernador durante ocho años. Toda una carrera meteórica para un joven de clase media, de una sencilla familia de Detroit, pero nada sucio o misterioso en su expediente. Católico practicante, pero de talante no muy conservador, había servido en la Guardia Nacional y era muy aficionado al béisbol.

—Exacto —dijo Priscila.

—La mayoría de los datos están manipulados. George Swift nació en Nueva Orleans —comentó Ray.

—¿En Nueva Orleans? ¿Qué sentido tiene ocultar tu lugar de nacimiento? —preguntó Priscila confusa.

—Tiene mucho sentido, sobre todo si eres hijo de una madre soltera que sufrió un terrible percance —dijo Ray.

—No entiendo —comentó Priscila.

—¿Te acuerdas del caso de las jóvenes que eran secuestradas por una psicópata en Nueva Orleans? —preguntó Ray.

—Claro que me acuerdo, fue mi segundo caso importante.

—En el estadio de fútbol americano nos contaron la historia de una joven que fue violada por el equipo local de jugadores. Su nombre era Mary Carpenter, una joven de iglesia, que fue salvajemente violada por todo el equipo. Para evitar el escándalo le dieron dinero con la condición que dejara la ciudad. Al parecer, Mary se fue con sus padres a Dallas y allí vivió con el niño un tiempo, pero nunca se recuperó totalmente del trauma de la violación. Pasó la mayor parte de su vida en psiquiátricos. Cuando sus padres murieron, su hijo Michel fue dado en adopción a una familia...

—Los señores Swift —dijo Priscila.

—Exacto —dijo Priscila.

—Puede que el propio candidato no sepa nada sobre su madre —comentó Priscila.

Ray tocó la pantalla de su tableta y apareció un nuevo archivo.

—Los padres adoptivos de George eran dos personas ejemplares en su comunidad, vivían cerca de la ciudad de Detroit, hasta que su padre murió en extrañas circunstancias...

—¿Qué quieres decir, Ray? —preguntó extrañada la agente.

—El niño, que en ese momento tenía once años, fue el principal sospechoso de la muerte de su padre. Al parecer, ambos salieron a pasear en bicicleta, pero únicamente regresó el chico, con su ropa manchada de sangre. Cuando le preguntaron dónde estaba su padre se negó a responder, parecía estar en estado catatónico. A las pocas horas encontraron al padre acuchillado. Cuando analizaron la sangre de la ropa de George, vieron que pertenecía a su padre adoptivo. No se pudo probar nada contra él; la versión oficial fue que los dos habían sufrido un asalto y el chico había logrado escapar, pero se había quedado conmocionado —dijo Ray.

—Entiendo, pero es extraño que eso no tuviera consecuencias —dijo Priscila.

—Un amigo de la familia, Sam Black, limpió el expediente de George y enterró el asunto. Este Sam Black es un hombre muy rico, que podemos decir que ha apadrinado al candidato desde niño.

El sacerdote dio un paso hacia delante, después miró la foto de Sam Black en la pantalla y señalándole con el dedo dijo:

—Sam Black es un conocido espiritista, lleva años promoviendo la Nueva Era de Acuario y todo lo que tiene que ver con gnosis y la espiritualidad esotérica —dijo el sacerdote.

Priscila le miró sorprendida. ¿Quién era realmente George Swift?, se preguntó la agente mientras Ray sacaba un nuevo informe.

—George estudió derecho, pero no fue un estudiante muy brillante, y en la Universidad Columbus conoció a su esposa Patrice. La señora Swift proviene de una aristocrática familia de Detroit, conocida por sus excentricidades y su relación con el mundo esotérico —dijo Ray.

—Todo apunta a que George fue criado por brujos, concebido de una forma

terrible y que esos brujos aún le dirigen —comentó el sacerdote.

—Pero no es suficiente para probar... —dijo Priscila.

Ray esperó unos segundos antes de sacar su última carta. Miró a todos con detenimiento y después dijo:

—Lo más increíble de todo es la relación cercana entre George Swift y Samuel Lewis —dijo Ray.

—¿El arzobispo de Boston? —preguntó Priscila sorprendida.

—No, señora. Ahora es el nuevo Papa Juan Pablo III —dijo el sacerdote.

Todos se miraron atónitos.

—¿Cómo sabes que son amigos? —preguntó Priscila.

—Al menos coincidieron un año en la Universidad Columbus, fueron a la misma clase. De ahí nace su amistad, que han mantenido hasta ahora. Ya saben que ambos defienden un gobierno único de la tierra en estos momentos de crisis, que estaría presidido por la ONU; también su política contra Israel es clara —dijo Ray.

—¿Quieres decir que el nuevo Papa es el Falso Profeta y el candidato el Anticristo? —preguntó Priscila.

—Todo encaja, según Apocalipsis el Anticristo vendrá del mar, lo que en la Biblia simboliza toda la muchedumbre humana. Por eso tiene que ser gentil. En cambio, el falso profeta viene de la tierra, que simboliza la promesa a Israel y por eso tiene que ser judío. George es gentil y Samuel Lewis es judío —dijo el sacerdote.

—Exacto, todo parece indicar eso. Hasta el atentado que ha sufrido George aparece en la Biblia —dijo Ray.

—Tiene razón. En la Biblia se dice que el Anticristo será herido de muerte, pero será sanado de manera milagrosa —comentó el sacerdote.

Priscila se quedó pensativa; parecía que las pruebas eran irrefutables, pero tenía dudas sobre lo que debían hacer.

—Aunque todo eso sea cierto, no podemos hacer nada para impedirlo —dijo la agente.

—Si le desenmascaramos... —dijo Ray.

—Nadie nos creerá —dijo el sacerdote.

—Entonces lo único que nos queda por hacer es terminar lo que empezamos. Debemos matarle —dijo la joven, que hasta ese momento había estado callada.

Se produjo un largo silencio, y después Priscila se dirigió a ellos y les dijo:

—Necesito una hora, después no impediré que hagan con él lo que quieran.

Todos asintieron con la cabeza, Priscila salió de la habitación y Ray la siguió. No quería perderla de vista. Sin duda, este era el caso más difícil al que se habían enfrentado. El destino de la humanidad estaba en juego.

Capítulo 21

CUANDO Priscila llegó a la habitación del candidato había varias personas con él. Su mujer, Patrice, que había adelantado el viaje para verle, el señor Black, el jefe de campaña y el representante del partido en la ciudad. Priscila se quedó unos momentos en silencio junto al grupo. Todos hablaban de las encuestas, pero también de la necesidad de suspender la campaña o al menos acortarla.

—Podemos regresar a Washington. Dentro de un mes serán las elecciones, superas al otro candidato en las encuestas. Con unas cuantas buenas entrevistas y dos mítines más, ganarás la presidencia sin dificultad —dijo el jefe de prensa.

—Pero pareceré un cobarde. ¿Quién va a votar a alguien para la presidencia del país si a las primeras de cambio se esconde? —preguntó George.

—Tienes razón —dijo Sam Black, que hasta ese momento había permanecido con los brazos cruzados en un rincón de la habitación. Su aspecto era inquietante. Tenía la cabeza totalmente rapada, su cara era redonda, tenía un gran bigote negro y su prominente barriga estaba oculta en un amplio traje de color marfil.

—Creo que es mejor que sigas —dijo la mujer de George.

—Pediremos al gobierno que refuerce más la seguridad —dijo el miembro del partido en la ciudad.

George parecía meditabundo, no tenía miedo. Se sentía un hombre elegido por la Providencia para regir los destinos del mundo, pero había momentos en que lo más sabio era ceder. La gente lo entendería, pensó mientras levantaba la mirada.

—Volvemos a Washington —dijo George.

Sam Black salió del cuarto furioso, su esposa le abrazó, y después se despidió. Tenía que volver a casa; tomaría el avión privado de Sam. No quería dejar solas a las niñas, que estaban nerviosas.

Unos minutos más tarde, los únicos que permanecían en la habitación eran el jefe de prensa y el candidato.

—¿Podemos hablar a solas? —preguntó Priscila.

George la miró algo hastiado, se le veía realmente agotado. La agente nunca había percibido tanta humanidad y vulnerabilidad en su rostro como aquella noche.

—Sí, claro. Le debo la vida.

El jefe de prensa dejó la sala y los dos se quedaron a solas, frente a frente. Priscila quería ser muy directa y rápida, no quería tener la más mínima duda. Estaba a punto de matar al hombre que se había comprometido a mantener a salvo.

Capítulo 22

SAM caminó por el pasillo, pero se detuvo en los elevadores. Unos segundos después salió la mujer del candidato y los dos se pusieron a hablar. Ray les vio y se acercó a ellos para intentar escuchar la conversación. El pasillo se torcía a la derecha en la zona de elevadores, por lo que podía estar muy cerca de ellos sin que ellos pudieran verle.

—No continuará —dijo Patrice.

—Tiene que continuar —comentó Sam.

—No lo hará, llevo quince años con él y lo conozco —comentó la mujer.

—Oblígale, amenaza con dejarle si no continúa con la campaña —dijo Sam.

—Eso podría hacerle sospechar —dijo Patrice.

—No creo que sospeche de ti. Llevan juntos muchos años. No olvides que tienes que hacer lo que nosotros te mandemos. Cada uno de nosotros tiene una función en este juego de ajedrez; cuando nuestro amo dé jaque mate a este mundo, entonces recibirás tu recompensa —dijo Sam.

La mujer se quedó en silencio. Reconocía que se había enamorado de su esposo, aunque su vida estuviera programada desde el principio.

—¿Qué sucedería si no continúa la campaña? —preguntó Patrice.

—Sería un desastre, llegaría a la presidencia y nuestro candidato tendría que esperar otros cuatro años, pero eso es inadmisibles —dijo Sam.

—Lo convenceré —dijo Patrice.

La mujer del candidato dio un beso en la boca al hombre, y después los dos tomaron el elevador. Ray se dio la vuelta, tenía que avisar a Priscila de que todo era un complot para asesinar a George Swift, pero se dio de bruces con un tipo alto.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó el gigante.

Ray le miró fijamente; aquel tipo era el del elevador. Al final tenía razón; le estaba siguiendo. Apenas pudo pensar nada más, pues el gigante le dio un puñetazo que le tiró al piso, dejándole medio inconsciente.

Capítulo 23



GEORGE se cruzó de brazos, esperando a que hablara Priscila, pero la agente no sabía por dónde empezar. Era muy difícil ir directamente al grano y que él le contara la verdad.

—Ya sabemos por qué el joven y Susan querían atentarse contra usted —dijo Priscila.

—¿Tan pronto? —preguntó el candidato.

—Sí, el chico confesó enseguida —dijo Priscila.

—¿Por qué me querían matar? —preguntó el candidato.

—Creen que usted es el Anticristo —dijo Priscila sin dejar de observar el rostro del hombre.

—¿Es una broma? —dijo George sorprendido.

—Me temo que no lo es. Un antiguo miembro del FBI y amigo mío ha estado indagando sobre usted y ha descubierto cosas inquietantes —dijo Priscila.

—Y, ¿por qué ha estado investigando sobre mi vida? El contribuyente le paga para que me proteja —dijo el candidato muy enfadado.

—Susan Peterson nos llamó, tenía algunas sospechas sobre usted. Creía que tenía algo que ver en el asesinato del periodista —confesó Priscila.

—Eso es absurdo, ¿por qué iba hacer yo mal a nadie? —comentó George.

—Por la misma razón por la que ocultó su pasado —dijo Priscila.

—¿Mi pasado? —preguntó el candidato.

Priscila dudó unos instantes, tenía la impresión de que George era un completo ignorante de su propia vida.

—Usted es hijo de una joven de Nueva Orleans llamada Mary, fue adoptado por sus padres...

—¿Se ha vuelto loca? —preguntó el candidato acercándose a ella. Parecía muy alterado, pero Priscila no se amedrentó.

—Tampoco recuerda lo que sucedió con su padre adoptivo...

George se quedó paralizado, como si hubiera recibido un fuerte golpe en el estómago. Después comenzó a llorar.

—No lo entiende. Ellos creían que no me daba cuenta de nada, pero lo he sabido desde el principio. Me faltaban algunas piezas para completar el *puzzle*, pero usted acaba de dármelas —dijo George.

—Ahora la que no entiende nada soy yo —dijo Priscila.

—Aquel día, mi padrastro me llevó a la montaña con la bicicleta para terminar con mi vida. Comentó que mi destino era terrible, que todos los que me rodeaban simplemente seguían un plan prefijado. Mi madre no era mi madre, me dijo. Ni siquiera era su esposa de verdad, mantenía una relación con Sam. Ahora sé también que Sam se acuesta con mi esposa, pero ¿qué puedo hacer yo? He sido predestinado para esto —dijo el candidato.

—Nadie ha sido predestinado para nada, somos libres de elegir. Usted también puede elegir —dijo Priscila.

—No puedo —dijo el candidato cayendo de rodillas con las manos tapándole la cara.

Priscila se agachó y le puso la mano en el hombro, pero en ese momento, alguien llamó a la puerta. Pero quien fuera no esperó respuesta, pegó un par de tiros en la cerradura y entró.

—¡Hijo de maldad! ¡Hoy morirás! —gritó el sacerdote.

El candidato le miró horrorizado desde el suelo. Priscila levantó los brazos; tenía que impedir que disparara.

—No es él —dijo la agente.

—Te ha engañado a ti también —dijo el sacerdote.

—No es él —insistió la agente.

En ese instante, apareció en el quicio de la puerta el hombre gigantesco y de un solo golpe derrumbó al sacerdote. Priscila le miró atónita.

—Señor Swift, será mejor que venga conmigo —dijo el gigante.

Capítulo 24



EL candidato no daba crédito a sus ojos, aquel hombre no parecía humano. Su cuerpo era muy grande, llevaba el cabello oculto bajo una gorra, pero parecía largo y rubio, y sus ojos azules parecía desprender fuego.

—¿Por qué iba a irme con usted?

—Tengo que protegerle —dijo el gigante.

—¿Protegerme de qué? —preguntó el candidato.

—Le matarán —dijo el gigante.

—¿Quién me matará? Usted es el que quiere matarme —dijo el candidato.

—Desde el principio ha habido muchos anticristos. El diablo ha intentado que gobernaran el mundo. Personas como Nerón, Napoleón, Hitler o Stalin. Todos ellos eran candidatos, pero nosotros conseguimos retrasar su llegada hasta el momento señalado por Dios —dijo el gigante.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el candidato.

—Eso no importa. Los hijos del diablo pretenden matarle en el último momento, para asegurarse de que su verdadero candidato llega al poder —dijo el gigante.

—¿Su verdadero candidato? —preguntó George.

—Sí, su verdadero candidato es...

Se escuchó un disparo; el sacerdote se había puesto de nuevo en pie y había disparado al gigante. Este se dio la vuelta y el sacerdote volvió a dispararle un par de veces hasta que se derrumbó. Después apuntó al candidato y disparó hasta agotar el cargador.

Priscila no pudo reducirle a tiempo. Cuando se acercó a George, este agonizaba en el suelo.

—Aguante. Llegará ayuda pronto —dijo Priscila.

Ray apareció por la puerta y le quitó el arma al sacerdote, que estaba de rodillas llorando en el piso, después se acercó a su amiga y le puso una mano en el hombro. Cuando llegó el resto de agentes, George Swift ya había muerto.

Epílogo



EL 21 de enero hacía una mañana terriblemente fría en Washington. Priscila miraba desde la lejanía la investidura del presidente de Estados Unidos. Tras la muerte George Swift, el otro candidato, Marco Tardelli, había ganado las elecciones frente al candidato a la vicepresidencia que se presentaba con George. Tras el juramento, Tardelli se subió al estrado y realizó su discurso:

Es un honor ser su presidente. Lamentamos la muerte del candidato George Swift, él siempre se consideró un hombre movido por la Providencia. Estaba destinado a morir como un sacrificio ante el altar de nuestra democracia. Mi deber ahora es llevar a nuestra nación a una nueva realidad. Terminaremos con esta crisis si unimos nuestras fuerzas a las del resto de naciones de la tierra. Una nueva era de paz y armonía nos espera. Lo primero que haré será conseguir una paz duradera entre Israel y sus vecinos. La ONU debe coordinar un gobierno universal, en el que se distribuya mejor la riqueza de las naciones. Es nuestro deber que esta generación sea la última en el planeta que pasa hambre. Para ello contaremos con la ayuda de todas las religiones. Hoy nos acompaña el papa Juan Pablo III, el primer papa estadounidense. Él se ha comprometido con todos los principales líderes religiosos a contribuir a la paz entre religiones y a fomentar una nueva era de amor y armonía.

Mientras Priscila escuchaba el discurso, volvió a su mente el rostro de George Swift antes de morir. Ahora conocía en qué consistía su misión, era la elegida para retrasar el fin del mundo.



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, España. 23 de junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000.

Es director de la revista Historia para el Debate Digital, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos. Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *la Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas.

También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009). Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.